

PREFACIO

Así como, tras una larga observación y un estudio cuidadoso, el biólogo advierte que lo que al principio parecía un conjunto de actos aislados y arbitrarios es en realidad parte de una serie de cambios regulares, y llega finalmente a tener en su mente la historia vital del ser que examina, desde el Alfa hasta el Omega; así como, durante una batalla, la importancia relativa de sus diversos incidentes se pierde, tanto más cuanto que la excitación y la actividad del combatiente lo envuelven, y debido también a que él mismo se halla implicado en las vicisitudes que acaso se ha propuesto observar; mientras que incluso para el comandante, aunque el velo de humo se levante de vez en cuando y deje ver alguna carga brillante o algún desesperado combate cuerpo a cuerpo, puede no alcanzar a comprender su significado dentro de sus disposiciones, o incluso hallarlo enteramente inesperado y ajeno a sus cálculos; y sin embargo, unos años o incluso unos meses después, esa misma batalla puede ser descrita con claridad, concisión y coherencia, de tal modo que un niño sea capaz de seguir sus cambiantes fortunas con deleite y comprensión:

de igual manera, mi propia observación de una historia vital más sutil, de una batalla más terrible, ha sido por fin coordinada; puedo contemplar ahora la

larga lucha desde un punto de vista completamente íntegro, sereno y filosófico; y el resultado de esta revisión es la presente historia de Tannhäuser, así como los incidentes aislados y a menudo aparentemente contradictorios de la contienda fueron registrados en aquella selva de emociones caóticas que publiqué bajo el título de *The Soul of Osiris*,¹ llamándola “historia” para que mis lectores pudieran descubrir por sí mismos (si deseaban tomarse el trabajo) la verdadera continuidad en la aparente discontinuidad.

La historia de cualquier hombre que, seria y desesperadamente, osa forzar un paso hacia los *penetralia*² de la naturaleza; no con la serena filosofía del científico, sino con la ardiente convicción de que su destino inmortal está en juego; debe ser una historia extraña: para mí, al menos, extrañamente atractiva.

Las ilusiones constantes; las muchas decepciones; la amarga seriedad del hombre en medio del sombrío humor, o más a menudo de la franca carcajada de quienes lo rodean; toda la burla bestial de los demonios que desconciertan; la burla aún más horrible en la que parecen complacerse incluso las Potestades del Bien; la duda sobre la realidad de aquello que busca; la duda incluso sobre el buscador; la ironía de toda la contienda: todo ello me resulta tan fascinante como, no lo dudo, lo es para la mayoría de los hombres.

Ésta es la forma más sutil de aquel desconcierto mental que los trágicos griegos se complacían en representar: tan sutil en su efecto, aunque más burda en sus factores determinantes. Pues hemos cambiado desde los tiempos de Sófocles y Eurípides: aquellas ideas fijas de moralidad y religión que ellos empleaban como motivos de pathos o de horror se han quebrado ahora.

Henrik Ibsen, por lo demás griego en espíritu y en estilo, y ocupándose, como los griegos, de las emociones del alma, ha reconocido las condiciones cambiadas e infinitamente más complejas de la vida; pese a nuestros guías espirituales autoproclamados — o más bien, resistiendo en vano —.

En consecuencia, ya no es posible discernir si la virtud o el vicio (tal como se entendían antiguamente) serán causa de la catástrofe irreparable, ese único elemento del drama que aún podemos — en la obra de un dramaturgo moderno — esperar con algún grado de confianza.

Confío en que se me perdone adoptar la idea de que Tannhäuser fue uno de aquellos misteriosos alemanes cuya supuesta existencia perturbó tanto a la Edad Media; en suma, un rosacruz.³ Algunos podrían sorprenderse de que un miembro de tan ilustre — aunque desdichada — fraternidad tome en consideración lo que mi amigo Bhikku Ananda Maitriya llama «deidades egipcias de hocico porcino»,

y más aún de que muestre reverencia hacia símbolos como la B. V. M. y el Santo Grial. Pero los más eruditos y profundos estudiosos de los Misterios de la Rosa Cruz me aseguran que la excelencia particular de estos místicos consistía precisamente en negarse a quedar ligados a sistema alguno en su sublime búsqueda de lo Eterno y lo Real.

En estas circunstancias, no he vacilado en subvertir todo aquello que me ha parecido digno de ser subvertido, en interés —siempre idéntico— de la belleza y de la verdad. El lector podrá hallar anacronismo sobre anacronismo, y simbolismo mezclado con simbolismo.

En un punto, sin embargo, me he contenido. En ningún lugar hace Tannhäuser referencia a los Vedas y Shastras⁴ ni al Dhamma⁵ de aquel irreprochable hipocondríaco, Gotama Buddha. Asumo toda la responsabilidad por una omisión tan importante, no sin cierta sospecha maliciosa de que la reprensión adoptará la forma de: «¡Por este alivio, muchas gracias!»

El propósito particular que persigo al expresarme tanto en simbolismo hebreo como egipto-cristiano es que, por este medio, pueda familiarizar a mis lectores con la única cosa de verdadera importancia que la vida, el viaje y el estudio me han enseñado, a saber: el Origen de las Religiones.

Sostengo que siempre ha habido —o casi siempre— sobre la tierra aquellos a quienes el Consejero von Eckartshausen,⁶ Swami Vivekananda⁷ y otros semejantes llaman «grandes gigantes espirituales» (¿podrá haber algún vínculo etimológico entre «yogui»⁸ y «ogro»?), y que tales personas, habiendo percibido por sí mismas la Verdad, han intentado «reducir el mensaje al perro»⁹ en beneficio de las mentes menos elevadas, y han ocultado esa Verdad — que, desvelada, no haría sino cegar a los hombres con su gloria— en una masa de símbolos a menudo pervertidos o grotescos, pero transparentes para el hombre adecuado; un «cebo de falsedad para atrapar la carpa de la verdad».

Ahora bien, consideradas bajo esta luz, todas las religiones, en cuanto religiones, son igualmente despreciables. Los jñanis hindúes¹⁰ dicen: «Aquello que puede ser pensado no es verdadero». Como mecanismos para el ejercicio de facultades espirituales e intelectuales, innatas o desarrolladas, ciertos conjuntos de símbolos pueden resultar más o menos convenientes para una determinada inclinación de la mente, de la razón o de la imaginación; nada más: niego a cualquier religión la posesión de una verdad esencial que no esté también formulada (aunque en un lenguaje distinto) en todas las demás.

A esta regla, el budismo parece constituir una excepción solitaria. Si lo es verdaderamente, apenas lo

he decidido aún: la respuesta depende de ciertas consideraciones matemáticas recónditas, cuya discusión sería ajena al propósito presente, pero que espero exponer en un volumen posterior.¹¹

Si no aceptas mi conclusión de que todas las religiones son la expresión de una misma verdad bajo distintos aspectos, facetas de una misma e intolerable gema, te verás forzado a retroceder hacia las conclusiones de esas poco gratas personas: los falicistas. Pero si viajas a Oriente y le dices a un sivaita adorador del *lingam* que su culto es fálico, no le agradarás en absoluto. Compárese, a este respecto, Edwin Arnold, *India Revisited*, 1886, p. 112.

Y baste esto en cuanto a la simbología de este drama —me temo— muy maltratado. «Drama», en verdad, es un término enteramente engañoso; «monodrama» sería quizá más adecuado. Se trata, en realidad, de una serie de estudios introspectivos; no necesariamente una serie en el tiempo, sino en la psicología, y además en la psicología más bien mórbida del Adepto que en la mentalidad burda del hombre común.

Tal vez ayude a algunos de mis lectores si digo que mi Tannhäuser es, en su esquema, casi idéntico a *The Pilgrim's Progress*. No obstante, los expertos literarios y espirituales advertirán con facilidad ciertas diferencias menores en el tratamiento. Bastará con señalar que «el Desconocido», ya sea juglar, peregrino o sabio egipcio, representa a Tannhäuser en su

verdadero Yo —«el Único Ser en un Abismo de Luz!»—. El Tannhäuser que habla es «el Único Ser en un Abismo de Oscuridad», el hombre natural ignorante de su identidad con el Ser Supremo.

Los diversos personajes no son sino pequeñas partes de la propia conciencia de Tannhäuser, y no personas reales en absoluto: ya sean buenos o malos, todos por igual obstaculizan y ayudan (y no hay uno solo cuya función no sea doble) a la realización de su verdadera unidad con toda la vida. Esta circunstancia sirve para explicar —aunque quizá no para excusar— la falta de acción dramática en la obra.

Siendo el Amor, a lo largo de toda ella, el símbolo de su método, así como la Belleza lo es de su objeto, es a través del Amor, refinado en Compasión, como finalmente alcanza el Conocimiento Supremo, o al menos lo suficiente de él como para colocar la última paja sobre el lomo de su camello corporal, y llevar así la historia a un desenlace apropiado.

Pasando a asuntos más mundanos. Puedo mencionar, en beneficio de aquellos que no estén versados en ciertos géneros literarios y que, por ello, pudieran considerarme original cuando apenas llego a parafrasear, que las canciones de Tannhäuser en el Acto IV están en parte adaptadas de los llamados «Oráculos de Zoroastro», y en parte de las misteriosas declaraciones del gran ángel Avé,¹² quizá igualmente espurias.

Por supuesto, la canción de Bertram no es sino una adaptación bastante libre de los dos principales fragmentos de Safo, que tantos han fracasado en traducir que uno no puede sentir vergüenza al intentar una versión más. Puede haber, además, uno o dos plagios conscientes, por los cuales no me disculpo. Por los inconscientes que hayan podido deslizarse, debido a mi prolongada ausencia de las regiones civilizadas y a la consiguiente falta de oportunidad para consultar y comparar, sí lo hago, y de manera enfática.

Una palabra para los críticos. No debe tomarse como descortesía que así me exprese. De casi todos he recibido la mayor justicia, amabilidad y consideración; solo dos o tres parecen complacerse en tergiversar deliberadamente el sentido de mis palabras: y a ellos, por su propio bien, dirijo ahora estas breves instrucciones elementales.

Son perfectamente libres de hacer con mi obra en su conjunto lo que Laertes hizo con su lealtad y sus votos; pero no tomen y se recreen en unos pocos pasajes aislados de las escenas del Venusberg para llamarme sensualista, ni del Acto Cuarto para gemir «¡Misticismo!»; no citen «Dos es, por su forma, la aspirada copta.» como muestra suprema de mi lirismo; no tomen la canción de Wolfram como mi mejor obra ni en sentimiento ni en melodía.

Como *quid pro quo*, les concedo plena libertad para concluir su reseña de este libro citando, del Acto III: «¡Olvida esta pesadilla!»

Debo expresar mi profunda gratitud a Oscar Eckenstein,¹³ Gerald Kelly y Allan MacGregor, quienes me han ayudado, cada uno a su manera, en el trabajo de revisión, que se ha extendido por más de un año de tiempo y cerca de veinte mil millas de espacio. Algunas de las mejores líneas fueron en parte o en su totalidad sugeridas por ellos mismos, y no he dudado en incorporarlas: si el libro es, al fin, un Libro, la autoría individual me parece de escasa importancia.

He escrito este prefacio en un tono más ligero, pero espero que nadie suponga que mi propósito es otra cosa que absolutamente serio. Este poema ha sido escrito con la sangre de una fe y una esperanza asesinadas; cada expresión insensata de Tannhäuser me hiere con la vergüenza y el recuerdo de antiguas agonías; cada *ignis fatuus* que él persigue con tanta facilidad me recuerda mis propias ilusiones.

Pero, siendo estas locuras y engaños patrimonio común de la humanidad, he considerado que poseen suficiente interés —dramático y filosófico— como para constituir la base de un poema. Que nadie se atreva a reprocharme el presentarme como el héroe de mi relato. Me amparo en la última declaración del propio Tannhäuser: «Digo, pues, “Yo”: y sin embargo

no es un “Yo” distinto, sino un “Yo” incorporado en el Todo».

Sobre todo, ruego que se entienda que no me presento como maestro. No soy sino un formulador de preguntas, de aquellas que se alzan ante quienes han logrado liberar su mente de los lugares comunes convencionales de lo trivial, pero que aún no se han atrevido a arrancar de raíz el conjunto de sus convicciones ni a examinar toda la cuestión de la religión desde su fuente más fundamental en la conciencia humana.

Tales personas pueden hallar útil el razonamiento de Tannhäuser, aunque solo sea para fortalecerse en un intento más valiente de comprender el «Gran Arcano» y alcanzar, al fin —sea cual fuere el costo—, la «verdadera Sabiduría y la perfecta Felicidad». ¡Que así sea para todos!

KANDY, CEILÁN, septiembre de 1901

Notas al pie de pagina

1. Publicado en *Collected Works*, vol. I, como «The Temple of the Holy Ghost».
2. Lugares ocultos.
3. Véanse sus documentos originales, traducidos de manera bastante adecuada en *Real History of the Rosicrucians*, de Arthur Edward Waite.
4. Libros sagrados hindúes.
5. La ley.
6. Autor de *The Cloud upon the Sanctuary*, un profundo tratado místico.
7. Un conocido místico indio, autor de *Raja Yoga*.
8. «Yogui» significa «aquel que busca la unión», es decir, con lo Supremo.
9. Robert Browning, «Mr. Sludge the Medium».
10. Filósofos.
11. *Berashith*, en *The Sword of Song* y *Collected Works*, vol. II.
12. En «Dr. Dee».
13. El célebre montañista.

ACTO I

«Por tanto, debemos proceder con sumo cuidado en la Magia,
no sea que las Sirenas y otros monstruos nos engañen,
pues también ellos desean la compañía del alma humana.»

— *Arbatel de Magia*, Aforismo 35

Una llanura sola y desolada.

TANNHÄUSER cabalga hacia una gran montaña.

TANNHÄUSER

Seis días. ¡No tardó más la Creación!
Y yo avanzo hacia oriente... y no hay luz.
Las estrellas rehúyen su curso —o lo han olvidado
—.

¿El sol? ¿la luna? Presos bajo tierra,
donde juegan los gnomos y abundan los demonios.

Seis días. Camino hacia lo negro desconocido,
siempre en la esperanza de que lo Infinito surja,
en un instante imprevisto, como si brotara, de
pronto,
un palacio mágico ante los ojos hechizados:
recompensa de hechicero para un juglar sabio.

Tal vez soy tonto al creer que aquí,
rasgando apenas el vano velo de la Naturaleza,
pueda alcanzar la Esfera Solitaria,
lograr el Sendero; o acaso, si fracaso,
obtener el Elixir, o contemplar el Grial.¹

Busco el misterio de la Vida y del Tiempo,
la Clave de todo lo que no es y de lo que es,
y de aquello que —¡asciende, imaginación, asciende!

—

trasciende a ambos: el Abismo místico
donde la Mente y el Ser se desposan —y son Dicha.²

Así he viajado —¡como un tonto!—. Bien,
deje pasar el desprecio de mí: ya pasó el amor
propio.

Mas... ¿he avanzado? ¿Quién podría decirlo?

Dios es tan complejo como el Protoplasto:
Él es el Primero (no «fue»), y es el Último
(no «será»). ¿Entonces por qué viajar? ¿con qué fin?
¿Cuál es el símbolo que debo hallar?

¿Qué es ese corazón ardiente, sangre que ha de
gastarse,
sorprendido en un ocaso con la noche a sus
espaldas,
el Grial de Dios? ¡Ah, quisiera ser ciego!
¡Quisiera estar desolado y mudo,
desnudo y pobre! ¡Para que Él se manifieste:

una gloria carmesí, sutilmente recogida y venida,
un crisol de ópalo del Alkahest!³

Y, sin embargo... ¿qué ganancia hay en ese oro vital
expresado?

Ésta sería mi recompensa: desvanecerme por
completo

en el corazón de rosa de ese vaso sanguíneo,
perder mi propósito en su mar silencioso,
perder mi vida —y hallarla—, y ascender
al mar que es como vidrio fundido.

Recuerdo a aquel viejo egipcio
a quien encontré donde Aurora derramaba
su cabellera de arco iris;
que me apartó de la búsqueda. ¡Un hombre santo!
Una corona de luz, centelleante en el aire,
resplandecía sobre él: me ordenó no desesperar.

«¡La Sangre de Osiris!» —fue su palabra—
(¿significando el Cristo?). «¡La vida, las lágrimas, la
tumba!

¡El Amor de Isis es su nombre!» (Así lo oí,
por amor de María.) En su seno
hierva el Elixir, y las rosas florecen.

Pues las Tres Marías —así decía— eran Una:
tres aspectos de la Esposa mística de Dios,
¡Isis! ¡Este pagano! «Mira hacia el Sol»⁴
(dijo), «y busca un lagar que deba ser hollado;

ceñido de Belleza, coronado y calzado.

Así» —enigmático— «tu corazón conocerá su Paz».

¡Déjalo! Yo cabalgo, en cambio, sobre la arena,
y miro a la Cruz, donde hallo mi reposo.

¡Déjalo! Así mismo habló el soldado romano.

¿Isaías?⁵ Está muerto —¡como yo estoy muerto!

¿Cuál era su símbolo y la clave de su enigma?

Ve, busca las estrellas, cuéntalas y explóralas.

Ve, cierce las arenas más allá de un mar sin estrellas.

Así hallarás respuesta donde la orilla sombría
del tiempo rechaza a la eternidad. ¡No más!

Déjame cabalgar con mayor prisa que ésta,

para que mi cuerpo se fatigue de mí

y me arroje al antiguo beso del olvido,

el del sueño, cuando mi mente parta —sin jinete y
libre—

hacia algún rincón de la eternidad.

¡Ay! Que la mente regresa de su morada

con problemas nuevos, con pensamientos más
fieros.

Mas detente:

¿y si no regresara? ¡Debería estar con Dios!—

Entonces esta torpe casa de oro, hierro y barro
es también dichosa... ¡es un camino fácil!

Tan fácil, que temo algún desastre.



Figura 1. Jacques Clément Wagrez, *Tannhäuser dans le Venusberg* (1896).
Dominio público.